





Ópalo ediciones
opalo@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: agosto, 2024.

© Antonio del Rey.
© Ópalo ediciones.
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
© fotografía de la solapa: Adrián Muskus.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 2369-2024
ISBN: 978-84-128378-4-1



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



*Es un homenaje, una oda, un viva a la humanidad
con muy especial agradecimiento y atención a mis padres,
mis hermanos y mi larga familia, con todo mi amor.*

NOTA DEL AUTOR

Bienvenidos a este ensayo novelado, una amalgama que comienza con verso mudado a prosa. La pretensión de la obra derrocha mucho carácter sensitivo y reflexivo, por lo que he evitado todo tipo de notas sobre datos y referencias sobre conceptos. Sócrates solo enseñaba a aquellos que incorporaban en su interior el mínimo necesario para desarrollar el aprendizaje y esa es la idea, aportar los instrumentos suficientes para que cada uno alcance su propio potencial al nivel deseado. Todo depende del modo en que cada uno interprete o lleve a cabo su concepción.

Lo importante de esta reflexión es transmitir que cada cual incorpora en su interior las soluciones que se deben encontrar para recibir grandes gratificaciones. Es esa autonomía la que caracteriza nuestra universalidad y nos distingue del resto de seres vivos.

Es la fe que desarrolla cada uno la que determina el rumbo de su vida, donde nada es casualidad y todo es causalidad, todo ocurre por una causa, una razón, y lo que ocurre siempre es perfecto porque solo puede ocurrir eso.

Les aliento, atrévanse, sean valientes y disruptivos para entender y percibir la esencia de la narración, porque será lo más maravilloso y extraordinario que les ocurra en su vida. Aun siendo vulnerables, serán invencibles e inmortales y encontra-

rán el lugar donde todas las personas son iguales y se reconocen entre sí con independencia de cualquier afectación.

El primer párrafo es el prelude de lo que van a encontrar durante el recorrido y se hace necesario avisar para distinguir lo que se expresa. Está todo concentrado donde con más particularidad se define la trinidad del ser humano. La primera persona corresponde a la dimensión universal, luego sigue su dimensión terrenal para concluir el párrafo con la relación entre ambas, la dimensión espiritual.

Durante el recorrido, nos encontraremos con grandes y abundantes sorpresas. Conoceremos con detalle la mano del creador y el sentido del universo. Sabremos cómo una simple cruz puede llegar a equilibrarnos hasta límites insospechados. Encontraremos la razón de grandes enigmas como la fe, la Santísima Trinidad y la virginidad de María.

Aprenderemos qué y quiénes somos, nos mostrará nuestra verdadera esencia y nos orientará para desarrollar el potencial que existe dentro de cada uno. Conoceremos nuestras emociones, el miedo dejará de ser terrorífico y más cosas que guardo como auténticas sorpresas.

Finalmente, esta amalgama de ensayo y novela y una vez centrado el ser humano en su dimensión terrenal y universal, completa su cometido alineando al individuo en su entorno y vida social.

Acompañenme y disfruten de este vuelo de Shine que les conduce a lo más recóndito y extraordinario de su ser. Sin más preámbulo, comiencen la lectura porque les presento a su verdadero destino: la felicidad.

Antonio del Rey Molina

EL UNIVERSO DE SHINE

EL SUPERHUMANO

Antonio del Rey



El universo se reserva nuestros sueños. De sus maravillas, la más grande y hermosa, nos abraza y acompaña. Si la buscas, no la encuentras; si la persigues, no la alcanzas. No deseo que me ames, detente y mírate, ¡quíérete! y... ¡ya me amas!

Antonio del Rey

EL UNIVERSO DE SHINE

EL SUPERHUMANO

Porque mi alma es mi tesoro, mi espíritu es mi libertad y mi ser es la felicidad en su plenitud. Navego y surco las tinieblas en busca de mis sueños y allí, en lo más oscuro, me encuentro con el destino que me espera, el camino que se perfila y que, con gracia, recorreré con ventura y satisfacción. Es mi sombra que se proyecta, que me persigue, me adelanta, no puedo asir ni consigo agarrar y tampoco llego a alcanzar. Yo soy el que soy, ese mismo soy yo, diluido y transparente, porque yo... soy el amor.

En mi temprana juventud me entusiasmaba el campo de la Física, disfrutaba cada día con un enorme mazacote, un ejemplar con cientos de páginas e ilustraciones. El Fisher le llamaba por el nombre del autor y no precisamente por Bobby, ese gran genio del ajedrez. En él escudriñaba todos los fenómenos y maravillas que la naturaleza esconde y regula con sus innumerables leyes. No dejaba de sorprenderme día a día, noche a noche, por mucho tiempo, como así fue durante algunos años.

Me formé en el Ejército compartiendo la experiencia de notables y brillantes pilotos en activo del momento. Verdaderos ases, hábiles y valientes, de cuya heroicidad no hubiera dudado llegado el momento del gesto. El noble arte del combate aéreo me enseñó que la serenidad y una precisa determinación eran mis mejores aliados, amigos de los que siempre me debía hacer

acompañar. Al otro lado, el riesgo era el compañero de viaje que había que aceptar con naturalidad, arrojo y templanza y, por supuesto, al que siempre debía vigilar muy de cerca.

Con cierto orgullo y talante intelectual, me gustaba y prefería pensar que la investigación científica encontraría las soluciones a los problemas que pudiera encontrarme en un futuro, al menos, en lo que a mi vida se tratara, sobre todo en materia de medicina y tecnología, a tenor de la evolución que había tenido lugar en los dos últimos siglos.

Mi vida cotidiana consistía en medir los riesgos a los que me exponía y mantener control emocional suficiente para permanecer inalterable en las situaciones que exigían un buen nivel de pensamiento frío y calculador.

Jovial, divertido, con grandes dosis de vitalidad, amaba y disfrutaba la profesión, incluso la exprimía hasta la extenuación. En muchas ocasiones, manifestaba que el trabajo apasionado estimula y alegra el espíritu que conforta y recrea el alma. Cada vez que lo expresaba, sentía una pequeña invasión de energía en mi cuerpo, como si los átomos de mi envoltura se entrelazaran con consistencia y revolotearan en armonía al unísono. Consecuencia de mi amor, el propósito y la acción que con pasión extraen lo más sublime de nuestro ser. Y era en cada ocasión que lo repetía cuando sentía en lo más profundo de mi alma ese flujo potente, incontenido y vigoroso; cálido y gratificante; pequeñísima, diminuta e insignificante explosión subatómica que devenía en continua alegría y felicidad.

Más que una simple emoción, era otra realidad que me rondaba con la que convivía. Realidad que me envolvía con inusitada calidez en contraste con mi cotidiana realidad, fría, medida y distante.

Dos realidades que sobreviven, cohabitan y forman una realidad aparente. Efectos que se soslayan y solapan, que provie-

nen de una causa con un origen común. El método científico se especializa en la relación causa-efecto, en su veracidad y certeza, nos alumbró y proporciona coordenadas de referencia técnicas indudables y adecuadas para esclarecer la incertidumbre de lo que desconocemos de los fenómenos sociales, artificiales y naturales, razón generada y obtenida de la observación y experimentación, ensayo y error, en los distintos campos en los que basa su estudio.

La ciencia divulga constantemente nuevos hallazgos que nos sorprenden cada día, nos informa de sus descubrimientos, inventos y artilugios que facilitan y solucionan, con fluidez y generosidad, los problemas que nos encontramos, al tiempo que proporciona respuestas precisas y oportunas. Su magia es la evidencia que consiste en relacionar, mediante leyes, las causas y sus efectos. Nos ayuda y enriquece de tal manera que poco a poco vamos dejando menos cabida a la ignorancia en nuestro bagaje intelectual. También nos recuerda cuanto existe en la naturaleza que se escapa y es invisible a nuestra percepción, momentos en los que empezamos a apreciar su envergadura y magnitud. También es cierto, todo cuanto la ciencia saca a la superficie, nos descubre y pone a nuestro alcance ya tiene siglos de existencia en realidad. Todo ello ha estado, está y estará por milenios. A una causa le sigue un efecto, u efectos varios, olvidando, más bien por complejidad técnica, al no encontrar la eficacia que le caracteriza, no consigue abordar el origen de las causas que ya tienen muchos años de antigüedad. Desarrolla, muta, encuentra y perfecciona todo lo que está a su alcance con una importante carencia, su capacidad creadora, ya que obviamente no puede crear, solo descubrir, lo que ya existe y ha existido a través de los tiempos.

Con sus limitaciones y persistente curiosidad, la ciencia encuentra múltiples soluciones a los problemas cotidianos tra-

tando de responder a los grandes misterios de la humanidad, convirtiéndose en un constante desafío al conocimiento.

Condensemose el conocimiento total en una escala lineal de un metro de longitud, segmentada en 100 centímetros, donde el cero, que forma parte de los números reales, es nada. Dado que el método y la capacidad de análisis e investigación aumenta progresivamente, en cantidad y calidad, conforman el conocimiento que alcanzará el grado de absoluto total al llegar a 100 en la escala lineal.

Supongamos que el conocimiento científico abarca, en nuestra escala, los valores desde 40 a 60, quedando por tanto pendiente por descubrir el conocimiento delimitado por la zona entre 0 y 39 en una parte y 61 a 100 en la zona restante. Es evidente y muy sobresaliente que, entre sus límites de conocimiento, el pensamiento científico fluye con soltura, certeza y gran precisión, lugar donde obtiene respuestas prácticamente absolutas para nuestra comprensión.

Observemos la zona que se desarrolla entre 61 a 100 de nuestra escala, en la que el conocimiento va en aumento hasta llegar a su máximo valor, donde se encuentra el conocimiento total y que será el infinito. De igual manera observamos la zona entre 39 y 0, es decir, retrocedemos hasta nada, 0 siempre es nada, valor que llamaremos la Nada en mayúscula.

Nuestros límites bien conocidos, entre 40 y 60, será nuestro sistema solar, ampliamente observado y estudiado por genios de diferentes épocas, no exento de controversias, y que han sido ampliamente subsanadas por la infatigable labor de investigación y la capacidad analítica de la parte científica.

Por deducción, podemos afirmar que entre 0, la nada, y 100, el infinito, existe un Universo en el que se encuentra un planeta, la Tierra, en un sistema solar que se mueve entre los límites de 40 a 60, lo empírico y observable. Más allá de 60 encontramos

sistemas como la Vía Láctea y multitud de galaxias. Menos de 40 tendríamos que cambiar el telescopio por un microscopio, pues nos adentramos en el plano de los átomos y partículas subatómicas alcanzando caracteres cuánticos.

Del mismo modo, desde la Nada se origina un Universo infinito que contiene un planeta, la Tierra, que se mueve en una fracción de la escala del Todo que se origina cuando unimos los extremos de esta, formando un círculo donde todo es simetría y armonía. Donde la Nada y el infinito están unidos y comparten sus propiedades, donde se encuentra la perfección, así la ciencia descubre los sucesos que se producen en esta dimensión, donde solo lo perfecto puede ser perfecto.

Es la mente del ser humano la que está capacitada para crear la ciencia, pues esta es un concepto, y, como tal, carece de identidad y, por tanto, de existencia. No se superpone a la sabiduría del ser y, al carecer de propia identidad, no puede dominar el origen y la evolución existencial de aquel. Es en su interior, en lo más profundo del ser, donde residen las verdaderas soluciones a todos los problemas con los que se encuentra en su dilatada existencia.

Shine, antiguo piloto de combate, es un astronauta destinado en la estación espacial conjunta HIBA (Highly Interestelar Base Array—Base Interestelar de muy alto Rendimiento—). Una potente estación espacial participada por todos los países con avanzado desarrollo aeroespacial: Estados Unidos, Rusia, China, Japón y la Agencia Espacial Europea. Está dotada con grandes medios y artefactos para la observación y prevención de colisión de cometas con trayectoria directa o cercana a la Tierra y demás planetas del Sistema Solar que pudieran ocasionar alte-

ración de sus órbitas, destrucción o daños de magnitud irreparable e irreversible para el ecosistema humano.

Orbita alrededor de Plutón, planeta que perdió esta condición por sus reducidas dimensiones, que originariamente formó parte como luna del planeta Neptuno y escapó de su campo gravitatorio. Actualmente su órbita, alrededor del Sol en los confines del Sistema Solar, tiene una inclinación muy distinta al resto de planetas, aproximadamente de unos 30 grados con respecto al plano de la elíptica que describe el Sol y cada órbita que culmina es diferente a la anterior.

Es la frontera del alcance humano con potentes telescopios, máquinas y armamento nuclear dispuestos a interceptar y destruir cometas u otros objetos cuya magnitud y presencia pudiera ocasionar un grave conflicto para el bienestar y la vida en nuestro planeta.

Las tripulaciones permanecen largas temporadas en la estación con turnos y relevos periódicos. A pesar de disponer de naves alimentadas por plasma con capacidad de volar a velocidades cercanas al límite posible, la velocidad a la que se desplazan los rayos de luz, la distancia con respecto a la Tierra es sumamente considerable. Cada relevo supone el intercambio de la mitad de la tripulación por motivos técnicos y operativos de control de las investigaciones, control orbital de los módulos de propulsión y navegación, así como la indispensable adaptación al nuevo ambiente de ingravidez.

En el relevo más reciente, fue necesaria la presencia de tres expertos astronautas en la especialidad de medicina y biología molecular con dilatada experiencia en el genoma humano, dispuestos a tratar y combatir células destructivas que se están desarrollando en el cuerpo de Shine. La estación dispone de centro sanitario dotado con quirófano, material médico y radiológico con la tecnología más vanguardista del siglo XXII. Aun así, los

científicos no resuelven con éxito el proceso y el diagnóstico; es, después de innumerables pruebas y análisis, tan concluyente como aterrador.

El comandante en funciones de la estación ha recibido instrucciones muy concretas del centro de operaciones espacial ubicado en EE. UU. y desde la Tierra aconsejan el regreso inmediato de Shine por motivos éticos en los que se incluyen su estado de salud. Las órdenes del comandante al equipo médico que le trata son claras y precisas para que transmitan a Shine la única opción posible para que disfrute de la mejor manera en la Tierra, junto a sus seres más queridos, del poco tiempo que dispone antes de un fatal desenlace. Para ello, emplearán un transbordador auxiliar de los que cuenta la estación para casos excepcionales en el que irá acompañado por los expertos galenos.

Por su parte, Shine conoce muy bien su cuerpo y no es ajeno a cada reacción de este, por el grado de afectación es capaz de intuir el resultado de las exploraciones llevadas a cabo por los expertos. Consciente de la situación, su templanza ante semejante noticia es notoria y acepta con serenidad el desenlace, afrontando con valor y gracia este delicado momento. Con entereza, era impasible al contenido de la gravedad de su estado y permanecía inmovible por el arrojo de su fuero interno. Ya le era familiar ese gesto, esa actitud del piloto en pleno combate aéreo rodeado de adversarios cuya única alternativa es esperar y resistir aferrándose a su más profunda disciplina confiando y buscando el momento apropiado para conseguir el premio de su supervivencia.

Sin más dilación y robando tiempo al mismísimo tiempo, se encaminó hacia el lugar que ocupaba la capilla, al modo de santuario sacrosanto adaptado en cada rincón a las diferentes religiones y creencias de los astronautas embarcados en la misión. A la derecha de la entrada se encontraba el altar destinado a

los oficios cristianos; detrás, en la pared, una cruz con la imagen esculpida en madera de Jesucristo. En su bolsillo derecho guardaba una pequeña cruz de oro macizo abrochada a una cadena también de oro de longitud suficiente para pasarla por su cabeza y quedase pendiente sobre su pecho. Una vez dentro, aseguró el cierre de la puerta, una escotilla, disponiendo de momentos de soledad y recogimiento. Súbitamente, la sala se tornó en lugar donde la presencia de ánimo requiere la actitud que se adopta en la visita al templo con la consideración y reverencia que emana en la oración. Se postró delante del altar ojeando alrededor, arriba, abajo, a los lados, enfilando finalmente la mirada hacia adelante y enfocando sus ojos en la talla de Jesucristo en la cruz. Dirigiéndose a esta habló en voz alta:

—Supongo que debería estar muy enfadado, iracundo, preguntándote por qué me ha tocado vivir este sufrimiento, pero no, no seré un cretino. Me encuentro tranquilo y sosegado, me pregunto por qué has preferido que padezca esta angustia. Cada instante recuerdo el fresco de Miguel Ángel, artista toscano de la Italia del siglo XVI, donde pintó con elegancia y maestría el toque con el que das vida a tus hijos, a los seres humanos que tanto amas.

»Soy parte de ti y separas tu índice de mí, interrumpes el mayor don con que nos agracias, esa intención suprema que proporciona el privilegio de disfrutar lo hermoso de cuanto creas. Me desprendo de tu razón, la vida que me das, la bendición de amar a mis amados y ahora solo sé que es en lo único que puedo comprender y soñar.

»Siempre hablé contigo como lo hubiera hecho con un amigo, me escuchabas y me dabas mis sueños, ahora me llega un momento amargo en el que voy a sufrir y debo aceptarlo.

»Te entiendo y es cierto que el tiempo dedicado con esfuerzo y pasión a todo cuanto me has obsequiado me ha llevado a

olvidar mi gratitud por tu regalo. Me he dedicado en exclusiva a vivir lo que soñé, todo envuelto en ciencia y tecnología y veo que nada te puede sustituir ni suplantar. Supongo que me he diluido en la más absoluta arrogancia.

»Insisto y te recuerdo que sigo siendo tu hijo y mi mayor deseo es que nuestros dedos se mantengan unidos. Si es una prueba, acepto, y sufriré, aunque suponga conocer los límites de la resistencia humana si es así como consideras que debe ser. Si siempre contabas con mi entusiasmo, ahora tendrás mi más auténtica lealtad. Necesito tu saber y el conocimiento suficiente para sellar nuestros dedos y se mantengan para que los míos sean la extensión de los tuyos y tu gracia sea mi don».

Abandonó el lugar muy pensativo. Terminaba de urdir su plan. Su atrevimiento y disposición favorecían sus planteamientos. Con sigilo recogió del almacén todo el material necesario para un largo viaje a ninguna parte, solo de ida, sin regreso.

Cada tripulante disponía de una nave lanzadera de emergencia de habitáculo pequeño y diseñada para un largo recorrido de regreso a la Tierra para afrontar, en casos excepcionales, situaciones de urgencia ante catástrofes de naturaleza nuclear o procedencia desconocida. Equipadas con extraordinaria tecnología en los sistemas de navegación, planta de potencia, telescopios de largo alcance, misiles nucleares, cohetes de impacto muy útiles para la limpieza de la trayectoria al paso por el cinturón de asteroides, que se haya situado entre las órbitas de Júpiter y Saturno, y un ordenador duplicado de extremo vanguardismo y variabilidad cuántica para el desarrollo del plan de vuelo de trayectorias interestelares de años luz, de manera automática, destinado a ser el mejor cerebro a bordo.

Después de alojar el material en el interior de la nave, tomando precauciones para no ser visto ni causar sospechas entre sus colegas, se enfundó en su escafandra, tomó su casco y se di-

rigió al puente de unión entre la nave y la estación espacial. Una vez en el interior, selló la escotilla de acceso y pulsó el interruptor que iluminaba el habitáculo. Ya visible, arrancó el ordenador en modo verbal que no tardó en contestar.

El ordenador lo identifica rápidamente, ya que el arranque inicial se realiza con el código de misión que ha sido asignado a cada persona para todo el período de actividad que comprende desde su salida hasta el regreso a la Tierra.

—Hola, Shine. Arrancando y monitorizando los sistemas de navegación y servicio, alineamiento orbital. Me activo en procesos y protocolos de emergencia y escape inmediato, ¿qué está ocurriendo?

—Completa todas las comprobaciones previas al lanzamiento, HIBA, ¡nos vamos! —Ordenó Shine.

—En proceso de ignición, Shine. ¿Cuál es la causa del peligro, Shine?

—El problema soy yo, HIBA, no hay tiempo para las preguntas, ¡nos tenemos que marchar!

—Activado plan de vuelo de regreso a la Tierra.

—Cancela la ruta planificada y eyecta la lanzadera. Después diseñaremos una ruta y elegiremos un nuevo destino.

Mientras tanto, Shine se va ajustando el casco, los atalajes y demás conexiones para el oxígeno, medida de la presión arterial, constantes vitales, así como los datos clínicos para que el ordenador elabore informes periódicos de la salud del astronauta.

El ordenador, con voz tenue y suave, aunque firme, le responde:

—¡Lo siento, Shine! No puedo ejecutar tus ordenes, tengo asignado un nivel superior de operación y respecto a estas circunstancias estoy programada con órdenes estrictas y tajantes. Ahora formas parte de una nave de rescate y mi protocolo es claro y está definido con exactitud. Mi responsabilidad es llevar-

te de regreso automáticamente en cualquier circunstancia en la que te encuentres con seguridad, ya estés herido o incapacitado para tomar alguna decisión, de modo que no pudieras ejecutar la misión por ti mismo.

—Te escucho, cielo, estoy derrochando adrenalina, voy más allá de las líneas rojas que marcan las reglas, y, a partir de ahora, no hay normas. Estoy en emergencia vital y la casa se encuentra segura, no es la estación, soy yo el que está en peligro de extinción.

—¿Te has vuelto loco, Shine?

—Todo es en mi propio interés y lo más cierto... ¡no sé lo que me beneficia!

—No puedo realizar la operación en automático, la alternativa es que completes el procedimiento de ignición y ejecutes el desatraque y lanzamiento absolutamente en manual

—¡Que graciosa!, ¿no tienes algo más simple? —Responde Shine con tono sarcástico—. ¿Me puedes ofrecer otra alternativa?

—¡Hay más! —responde HIBA con voz dulce y sonriente—. ¡Una vez lanzados, recuerda eliminar el plan de vuelo de regreso a la Tierra y programar nueva ruta, también en manual!

—¡Me sobrecargas, HIBA! ¡Se supone que eres infalible y perfecta, y que me debes ayudar!

—Claro, Shine, hago mi trabajo.

—Si no fuera por tu voz tan dulce y tan linda, optaría porirme en manual.

—Apuesto que no llegarías muy lejos sin mi colaboración.

—Cierto, HIBA. Gracias por tu comprensión, solo puedo quererte, ¿algo más?

—Sí, ponte en marcha.

—Fueron unos genios los ingenieros que te diseñaron con este desparpajo, y ahora te vas a apagar.

Shine terminó accionando el modo manual silenciando y dejando en espera los avisos del ordenador. «Ignición», anunció en voz alta para sí pensando y recordando todos los procedimientos que debía ejecutar. En su mano izquierda sujetaba las listas de verificación que le ayudaban a evitar el olvido de algún punto en la secuencia de lanzamiento. Se iluminaron las luces de sujeción de la lanzadera a la estación orbital e inmediatamente se apagaron, indicándole que la nave había completado la maniobra de desatraque y quedaba lista para el lanzamiento. La nave se impulsó con normalidad, se alejó y comenzó la aceleración con toda limpieza. Estabilizados los sistemas, Shine se apresuró a cancelar el plan de vuelo que le llevaría a la Tierra, establecer nueva ruta y, sobre todo, recuperar a su maravilloso ordenador.

—Hola, Shine —irrumpió la voz del ordenador— me hago cargo del control de la nave. Brillante la maniobra, pero navegamos sin rumbo y no dispongo de coordenadas para establecer puntos de ruta.

—Hola, HIBA, no sabes cuánto me alegro de tu vuelta a bordo. También he de reconocer que no me aburriré el resto del viaje.

—¿Cuál es el plan, Shine?

—Menos cenas románticas..., todo lo que puedas imaginar, y no va a ser nada fácil, así que afina todos tus bites y qubites.

—Dime, Shine.

—Nos vamos al primer agujero negro que encontremos.

—Complicado, Shine, no dispongo de esas coordenadas en mis bases de datos.

—Es sencillo, HIBA, pongamos rumbo al centro de la Vía Láctea, el centro es un agujero negro y en la Galaxia hay bastantes.

—¿Cómo establecemos el plan de vuelo sin coordenadas estelares? —replicó el ordenador.

—Tenemos mucho tiempo, HIBA, así que deja que te cuente una pequeña historia:

»Hace unos cuantos siglos, un intrépido navegante llamado Cristóbal Colon, y sin instrumentos de precisión, cruzó un enorme océano en la Tierra con tres carabelas, tres barquitos que asemejaban a tres cascarones en el inmenso mar, empleando un particular y original sistema de navegación estelar, un sistema que solo estaba en su imaginación. Solo sabía que tenía que ir desde el este hacia el oeste, que precisamente es el movimiento relativo del Sol sobre la Tierra en el Sistema Solar. Cada mañana, al amanecer, orientaba la proa del barco hasta alinearla con la sombra que proyectaba el Sol sobre el mástil del palo mayor. Por la tarde, hasta el crepúsculo, mantenía la proa y la popa alineados con la sombra del palo mayor. De ese modo trazaba una ruta alejándose del este en dirección oeste».

—¡Ingenioso, Shine! Aun así, no entiendo como lo haremos.

—El Sol gira alrededor de la Vía Láctea y se traslada a una velocidad de 270 kilómetros por segundo. El movimiento relativo que nos afecta será la precesión de su posición con respecto a nosotros, que será mínima. Pongamos un rumbo con el Sol a nuestra espalda.

—Necesitamos un parámetro adicional —apuntó con certeza el ordenador—. Al menos, al principio, tendremos guía para no terminar derivando en el norte o en el sur del Universo.

—¡Muy bien, HIBA! Despliega el telescopio y apunta hacia la zona central de la Galaxia con el Sol atrás, estaremos orientados adecuadamente a la espera de otras referencias.

—Las distancias son muy superiores a la que corresponde a un retorno a la Tierra; y según nos alejemos del Sistema Solar, dejaremos de aprovechar el plasma solar. La cantidad de combustible necesario es muy superior a la que llevamos a bordo.

—Disponemos de dos telescopios alternativos que utilizaremos para identificar cometas y asteroides que mantengan trayectorias similares a la nuestra. Emplearemos el combustible para el impulso inicial e interceptaremos sus trayectorias para alojarnos en su cola y lo más distante posible al núcleo. Su inercia nos arrastrará en su viaje. Seremos sus pasajeros y pasaremos de uno a otro sucesivamente mientras mantenemos, al mismo tiempo, nuestra orientación al centro de la galaxia, si es necesario anclaremos la nave en su corteza. Los asteroides serán nuestros puntos de abastecimiento, contienen grandes cantidades de hielo. Con el radar de superficie y tus maravillosos gravitómetros, localizaremos las zonas y obtendremos oxígeno para recargar nuestros niveles.

—Eso significa una aproximación y una toma de contacto sobre un cuerpo celeste, Shine —advierde HIBA.

—¡Exacto, HIBA, efectuaremos un asteroizaje! Nos anclamos a él y perforamos su corteza. Con respecto a los cometas, son abundantes los que visitan el sistema solar, se aproximan y en las inmediaciones del Sol lo rodean y se vuelven a alejar. Algunos son periódicos, otros no; o al menos lo desconocemos, tal vez tarden siglos o milenios en volver. Todos los sistemas estelares orbitan o giran en torno a otro sistema superior. Supongo que no tardaremos demasiado en detectar alguno.

—¡Hay un inconveniente que desearía reseñar, Shine! —contesta HIBA con voz firme, templada y refinada—. Me diseñaron para auxiliar y proteger la vida humana, ese es el sentido de mi misión. Nos desintegraremos según nos vayamos acercando a la influencia del agujero negro. Es un viaje sin retorno y el destino es la destrucción, y por ese entonces habré cooperado en arruinar tu vida, en acabar con tu existencia.

—Soy consciente de ello, Hiba, estoy sufriendo una enfermedad terminal, así está reflejado en los informes médicos que

han elaborado los expertos en esta materia. Mi vida está tremendamente acotada y ya demasiado definida. Me queda un soplo infinitesimal para disfrutar de ella. Para mí, el mayor bien y el don máspreciado del ser humano es muy escaso. Mi destino es inamovible y mi intención va en el mismo sentido. En la Tierra me esperaba igual fatalidad, es un lugar que ya conozco y sé lo que me encontraré. La tristeza y desolación de cuantos me aman y me conocen. No habrá consuelo para su desdicha que, junto a la impotencia y frustración, presiento que acelerará el desenlace final. De esta manera, en igualdad de sentimientos, será menos traumático si desaparezco en la lejanía de los que amo y adoro. Mi inquietud ahora y mi instinto me llevan a conocer y apreciar lo que está por venir. Lo que estamos por encontrar se convierte en mi misión y estoy seguro de que será la experiencia más extraordinaria que podría soñar. La nave se pulverizará y construirán otras nuevas con características superiores. Yo me derretiré y desapareceré, pero lo que quede de mí entrará en el infinito para conocer la eternidad.

»En cuanto a ti, querida HIBA, tus creadores te han diseñado y desarrollado con extraordinaria tecnología y con tanto cariño que tu lógica, capacidad de análisis, cálculo, abstracción y tu sensibilidad se asemejan increíblemente a la condición humana, consiguiendo que llegues a desprender humanidad.

»Debo respetar tu peculiaridad y es mi obligación solicitar tu consentimiento. Si no deseas acompañarme en esta misión, lo entenderé y tienes mi autorización para cambiar el rumbo de la nave apuntando al Sol de regreso a la Tierra.

HIBA, sorprendida y emocionada, guardó silencio. Después de unos instantes, su voz regresó.

—¡Cuenta con ello, Shine! Es un verdadero honor compartir el último vuelo con un piloto como tú, Con esas manos que transmiten confianza cuando rozas y accionas interruptores y

palancas. Manos diestras y curtidas, repletas de serenidad y precisión. La maniobra de lanzamiento de la estación orbital fue como bailar un vals bajo el sonido de una gran melodía.

—Volviendo a la realidad, —continuaba HIBA—, también he registrado tus constantes vitales y tus ondas cerebrales en la aceleración del lanzamiento, no me puedes ocultar nada, Shine. Los sensores de tu escafandra me desvelan todo y los sensores de tu casco me facilitan la interpretación de tus pensamientos.

—Tanto los ingenieros como tú, habéis conseguido que seamos uno en la misión — continuó Shine—. Somos como dos personas que se aman. La energía de sus mentes se encuentra, sus auras se funden y permiten una sola alma que escuchan una sinfonía universal. Imperecedero, intransmisible, de sesión continua.

—Estamos en la frontera del Sistema Solar, aproximándonos a la nube de Oort — Interviene HIBA—. Contiene miles de millones de cometas y muchos preparados para visitar al astro Rey. Es una nube esférica casi a un año luz del Sol, un cuarto de la distancia a la estrella más cercana, Alfa Centauri. Hay una gran cantidad de hielo y es la fuente de los cometas de período largo, más de 200 años, y los del tipo Halley, este con período de 76 años, con grandes reservas de cuerpos similares que más tarde se convierten en cometas cuando surcan nuestro Sistema Solar.

Los cometas son cuerpos celestes constituidos por hielo, polvo y rocas. Forman parte del sistema solar y se subliman en las cercanías del Sol. Se caracterizan por su gran halo de hidrógeno que se forma en la parte delantera. El radio del halo puede extenderse hasta 20 millones de kilómetros y solo es visible con luz ultravioleta. El núcleo es de agua en forma de hielo y en su desplazamiento libera miles de pequeños meteoritos.

En su órbita sobre el Sol, la cola emerge cuando el cometa está a una distancia suficiente del Sol debido a la acción del vien-

to solar existente en la parte interna del sistema solar. Cuando se aproxima al Sol, el halo de hidrógeno se inclina en la dirección de la cola, libera primero metano, seguido de dióxido de carbono y amoníaco. A medida que la temperatura aumenta, termina liberando el hidrógeno junto a moléculas de oxígeno.

En el afelio, lugar más lejano, se desplazan a poca velocidad, unos 60 Km/hora acelerándose enormemente según se aproxima al perihelio, cuando el campo gravitatorio del Sol ejerce de acelerador, llegando a velocidades de 600.000 Km/hora.

Antes de extinguirse, el cometa va dejando grandes cantidades de pequeños fragmentos hasta que todo el hielo volátil se expulsa y es cuando se sublima completamente. En su trayectoria es de esperar que un cometa pase unas dos mil veces cerca del Sol. Una vez extintos, se convierten en asteroides.

Las estrellas fugaces son briznas de meteoros y se producen cuando la Tierra atraviesa la órbita de un cometa y los fragmentos penetran en la atmósfera. En mayo y octubre se observan las producidas por el material que el cometa Halley va dejando a su paso: las Eta Acuáridas y las Oriónidas.

Antes de partir, situemos nuestra posición en nuestra región del universo comenzando por el final, por nuestro remite estelar, y la dirección planetaria será la Tierra, tercer planeta rocoso del sistema solar, en el brazo de Orión de la galaxia Vía Láctea, que se encuentra situada en el supercúmulo de Virgo en la región de Launakea, un descomunal atractor.

El Sol, centro del sistema solar, orbita el centro de la galaxia, habiendo completado su rotación unas 25 veces desde su formación. Este, el sistema solar, está formado por un conjunto de objetos y planetas vinculados por la atracción gravitatoria que ejerce el astro rey, a los que hay que añadir lunas, planetas enanos, asteroides, meteoroides, centauros, cometas y polvo cósmico.

La Tierra es el tercer planeta rocoso de los cuatro más cercanos al sol, los interiores en el sistema. El resto, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno son grandes gaseosos. La frontera entre ambos, interiores y exteriores, la conforma el cinturón de asteroides. Todos trazan órbitas elípticas que se desplazan en el plano de la eclíptica que traza el Sol en su movimiento alrededor de la galaxia, siendo este el cuerpo más masivo y grande del sistema, formado por hidrógeno y helio, con tan sólo un 2% de elementos más pesados. Su formación se debe a la condensación de una nebulosa, cuyas partículas y materia serían consecuencia de la explosión de una supernova o de la fusión entre algunas de estas. Es un reactor de fusión termonuclear que constantemente transforma hidrógeno en helio produciendo gran cantidad de luz y calor.

El Sol se traslada por la galaxia en una órbita oscilante debido a la acción del agujero negro, Sagitario A, en el centro de ella, con un movimiento helicoidal respecto a su trayectoria. Su plano de rotación, la eclíptica, está maravillosamente inclinado 60 grados sobre la normal al eje que lo une al centro galáctico. Como un disco de vinilo dorado y resplandeciente sobre fondo oscuro. Esta inclinación lo dota de majestuosa apariencia con movimiento armónico y equilibrado en su viaje sinuoso alrededor de la galaxia, que lo protege de aceleraciones o deceleraciones imprevistas que ocurran en el disco de acreción de Sagitario A, evitando que salga despedido de su órbita y quede como un sistema errante en el Grupo Local de galaxias, algo que muy probablemente ocurriría si el plano de giro del sistema solar fuera de 90° respecto al agujero negro y su inercia se descompensara con el poder de atracción de este. La masa planetaria también influye en el plano vertical produciendo un movimiento ondulatorio en este plano, quedando su trayectoria alrededor de la galaxia sometida a estas fuerzas, cuya suma

EL UNIVERSO DE SHINE

EL SUPERHUMANO

Antonio del Rey



ÍNDICE

Nota del autor.....	11
EL UNIVERSO DE SHINE. El superhumano.....	21
Telescopios.....	45
Observatorios espaciales.....	47
El universo.....	64
INTERACCIÓN UNIVERSAL.....	71
La sociedad griega.....	85
Agustín de Hipona. La razón de la fe.....	100
La sociedad romana.....	110
Estoicismo y Séneca.....	114
Jesucristo: el profeta cristalizado en Mesías.....	124
PRINCIPIOS UNIVERSALES. El principio de acción	135
Principio fundamental.....	137
Conciencia.....	140
Ser o no ser. Ilusión o realidad.....	144
Ego.....	147
Emociones.....	156
EL SENTIDO DEL DESTINO.....	165
El libre albedrío.....	165
El bien y el mal.....	168
Destino.....	175
La magia de la manifestación.....	180
Misterios.....	183

Virginidad de la Virgen María.....	184
El sentido de protección de la cruz.....	185
Trascendencia del alma.....	189
El diablo en acción.....	193
FELICIDAD.....	203
Equilibrio y paz interior.....	211
Religión y espiritualidad.....	216
Amor.....	223
Humanidad.....	226
SUPERHUMANO.....	241
EL DIPUTADO DEL PUEBLO SOBERANO.....	255
EL SENTIDO DIVINO.....	273
El autor: Antonio del Rey.....	285



